

CAPÍTULO X.

Insultos á la decencia pública en los siglos pasados.

Los juegos bufos, mímicos y teatrales, eran muy indecentes en los siglos pasados, como puede verse en la descripción que de ellos han hecho algunos autores contemporáneos, como Sarisburiens en su Tratado de *mugis curialium*, lib. 1.^o

Pedro Azario describe una fiesta que se dió hácia la mitad del siglo XIV en una plaza pública de Pavía, á presencia de la universidad y de todos los habitantes, y que ciertamente no es indicio de suma decencia y buenas costumbres.

Nosotros danzamos al presente como se danzó en todos tiempos; pero nuestras ideas de conveniencia prohíben este placer á las personas mas graves y mas respetables; en los siglos pasados hasta el XVII, los sacerdotes, obispos y arzobispos, danzaban en las fiestas profanas, como por ejemplo, sucedió el día de la coronación de Ricardo III, rey de Inglaterra, en la gran sala de Westminster (*).

(*) De la Francia y de la Italia dice Sainte Foix: "En los siete ú ocho días que duraban las *córtes plenas*, habia justas, torneos y un baile despues de la comida. Luis XII tuvo una de

Algun poeta, no muy antiguo, ha querido censurar las modas actuales, llamando honestas las maneras antiguas de vestir, con cuya espresion manifiesta cuán extraño es á la historia, como puede verse por los siguientes hechos.

En los siglos XIV, XV y XVI se usaron en Inglaterra ciertos calzones estrechísimos y unas chaquetitas muy cortas, que, quedando el hombre de pié, no le cubrían las partes inferiores á la espina del dorso; moda condenada por el Parlamento en 1463.

Montaigne, que vivia en el siglo XVI, aunque no profesase una moral severísima, con todo condenaba el uso en las mugeres de llevar sobre la cofia y al pecho la señal con que los antiguos representaban al Dios de los huertos.

Merece aquí particular mención el *tontillo* ó *guarda-infante*, cuyo uso duró hasta fines del siglo pasado. Es sabido que esta manera de vestir hacia parecer á las mugeres como un tonel sin fondo. El armaron abultado por unos círculos elásticos, formaba un cilindro que escondia el talle fe-

"esas córtes en Milan en 1501: los bailes fueron magníficos; y se vieron danzar allí á los cardenales de Narbona y San Severino. El cardenal Palavicino refiere que en 1502, los padres, reunidos en el concilio de Trento, deliberaron dar un baile á Felipe II, rey de España; que todas las damas de la ciudad fueron invitadas á él; que el cardenal de Mántua abrió el baile, y que Felipe II y todos los Padres del concilio bailaron."

menil y las visibles apariencias de una preñez ilegítima; por este motivo en algunos lugares de Francia fué llamado *cache-batard*, palabra que añade un tinte mas fuerte á nuestro *tontillo y guarda-infante*.

Si la moda de las mugeres les ocultaba el vientre, la de los hombres les procuraba la facultad de esconder el rostro. Los bandos de Lombardía dicen: "*Y porque de algun tiempo á esta parte se ha introducido el abuso de llevar ciertas monteras en lugar de sombreros, hechas de manera que se alargan para ocultar la cara y sirven de máscara, pudiéndose en un momento subir y bajar, de lo que se valen los mal intencionados para no ser conocidos, ni descubiertos y castigados; por tanto se prohíbe bajo la pena de cien escudos, que se fabrique, venda ó se lleve esta especie de sombreros*" (*).

En las formas actuales del peinado de los hombres, no se ve el pérfido objeto de esconder la cara de los delincuentes para sustraerlos á la vigilancia de la policía. Hoy se valen raras veces de aquella *honesta y vieja usanza* los agresores, que para no ser conocidos se ponen una máscara á la cara.

En cuanto á las ridiculeces de la moda, no hay que recordar ni el uso de llevar una media de un color y otra de otro, ni los vientres fingidos que se aplicaban los hombres; pero basta decir que en el

(*). Bando de 6 de Febrero de 1649.

siglo XV la torre que se levantaba sobre las cabezas de las mugeres, sostenida por dos cuernos laterales que se retorcian á la estremidad superior, esta torre, pues, se erguia en alto y se estendia en ancho, de modo que cuando Isabel de Baviera, esposa de Carlos VI, rey de Francia, tuvo su córtex en Vincennes en 1416, fué necesario alzar y enanchar las puertas, para que pudiesen pasar la reina y sus damas (*).

En los siglos XV y XVI, se daban en Francia á los pasteles menudos las formas mas obscenas y los nombres mas infames. Champier, que florecia hácia la primera mitad del siglo XVI, despues de haber descrito las diversas pastelerías, acreditadas en su tiempo, dice: *Quædam pudenda muliebria, aliæ virilia [si diis placet] representant. Sunt quos C.... saccharatos appellitent. Adeo degeneravere boni mores, ut etiam christianis obscæna et pudenda in cibis placeant.*"

En el mismo siglo, y aun en el XVII, se veian sobre las mesas francesas fuentes corrientes de vino, de hipocraso (licor de vino, azúcar y canela) y

(*). Se puede concebir una idea de la estravagancia de nuestros mayores, por el uso siguiente. "Cuando el abate de Figeac (pequeña ciudad en Querci), dice Sainte Foix, hizo su primera entrada en esa poblacion, el señor de Montbrun y de la Roque, "vestido de arlequin con una pierna desnuda, fué obligado á conducirlo hasta la puerta de su abadía, teniendo de las riendas de su yegua; luego comieron juntos el abad y el arlequin."

de otros licores. Al mismo tiempo, corría ordinariamente agua de rosa y otras á este modo olorosas, para perfumar la sala; y hasta aquí tributamos aplauso á nuestros mayores. Sin embargo, sus ideas de decencia eran diversas de las nuestras; en efecto, aquellas fuentes modeladas en diversas formas, representaban tal vez una muger de cuyo seno corría el hipocraso; un muchacho, que segun Le-Grand d'Aussy, *orinaba agua de rosas*; una jóven que no hacia destilar el vino de sus bellos ojos negros (*).

En tiempo de Luis XIV y XV, á principios del siglo pasado, los franceses, á mas de cantar y beber juntos, se permitian tambien abrazar á las mugeres, cuya indecencia habiendo cesado, ha inducido á un poeta á decir:

“On ne rit plus, on sourit aujourd'hui;

“Et nos plaisirs sont voisins de l'ennui.”

Hallamos ofendida la decencia hasta en los usos de los tribunales civiles y criminales. El pudor nos veda el solo referir estos usos, bastando recordar al erudito la antigua prescripcion á los deudores que querian libertarse de deudas, de *besar la piedra* del vituperio, lo cual no se hacia sino en la manera mas indecente; las pruebas que se esigian á los maridos para acreditar su capacidad fisica, como indicaremos en la nota (†); el beso que se apli-

(*) Histoire de la vie privée des François, t. 3º

(†) Si mulier stuprata lege cum viro agere velit, et si vir

caba á un perro por el ladron que se lo habia robado, dando tres vueltas por la plaza pública, llevándolo cargado á las espaldas; el dinero que debia pagar el ladron de un gavilan, y por su falta la pena de hacerse devorar por él algunas onzas de carne viva de ciertas partes del cuerpo; la pena impuesta al adúltero de correr desnudo por las calles á la hora del medio dia. *Si quis in adulterio deprehensus fuerit, nudus per villam ducetur, aut sexaginta solidos prestabit.* Finalmente, los azotes en público en que se veia á las mugeres con el seno desnudo.

En suma, de cualquiera lado que se miren los usos y costumbres de nuestros mayores, no encontramos cosa alguna que pueda merecer nuestra envidia.

factum pernegaverit, mulier membro virili sinistra prehenso et dextra reliquis sanctorum imposita, juret super illas, quod is per vim se isto membro vitiaverit. *Leges Wallice, pág. 85.—Henry. Hist. d'Angleterre, t. 2.*



CONCLUSION.

Hemos procurado alejar de la persona del lector toda apariencia que pudiera ofender los sentidos de los presentes ó indisponer su ánimo, así como indicarle el modo de acomodarse para presentar la imágen de la gracia esenta de toda afectacion. Le hemos enseñado á evitar todo acto capaz de esponerle al ridículo de las personas sensatas, ó irritar su gusto; á despertar en la mente recuerdos agradables y alejar los molestos; á prestarse de buena voluntad á los deseos inocentes de otro, y sobre todo á no suspender ó retardar ilegítimamente su curso; á no escacerbar el amor propio con muestras de sentimientos diversos de sus pretensiones, ó inferiores á ellas.

Es necesario, pues, presentarse con vestidos que nos libren de la tacha de sucios, sin esceder los límites de nuestro estado económico y de la conveniencia. Seriamos muy necios, si hiciéramos consistir nuestro mérito en el esplendor del vestido; pero lo seriamos igualmente si despreciásemos la opinion del vulgo, que juzga por el traje. Sigamos, pues, las modas de los paises en que nos hallemos, cuando á ello no se opongan *la honestidad, la salud y la decencia.*

No nos rehusemos, por orgullo ó fingida distraccion, á dar y corresponder el saludo, así como no deberemos ser pródigos de él por vanidad ó aduacion.

Todos nuestros actos y palabras serán signos de la sensacion agradable que nos procura quien viene á visitarnos; y cuando la estimacion, la afeccion y el reconocimiento nos lleven á visitar á otros, no olvidemos el tiempo que robamos á sus ocupaciones y el fastidio que pueda causarles nuestra presencia.

Ni nos hagamos inciviles por demasiada urbanidad, ni inoportunos por escesiva cortesía. Guardémonos de echarla de generosos con moneda de palabras, si no queremos que se nos confunda con los charlatanes.

Ordenado en las ideas, esacto en las narraciones, breve en la esposicion, moral en los sentimientos, es necesario de una parte no mezclar en el discurso equívocos, plebeyos, dichos torpes imágenes obscenas ó indecentes; y de otra, contento con ser claro, déjese el afectado esmero en las palabras para los pedantes.

Se ha dicho cómo se deba chancear con los jóvenes, comportarse decentemente con las señoras, y usar de respeto y seriedad con los viejos.

Reservado en aceptar amigos para no esponerse al arrepentimiento, recuérdense mas bien los deberes de la amistad que sus derechos; pídanse al amigo mas consejos que elogios; no se dé la preferencia á los amigos nuevos sobre los viejos, y mucho menos hay que conceder á las súplicas del extraño lo que se ha negado á las instancias del amigo. Ni se olvide que es muy grato á los inespertos cultivar al amigo poderoso; pero que el que lo ha experimentado nunca deja de temblar.

Recuérdese que quien es grande, gusta de ser generoso; el orgullo para con los inferiores, es pues, signo de pequeñez de alma.

Téngase presente la máxima de Hesiodo: *Que se deben pagar los beneficios con usura*; por esto nuestro reconocimiento será mas bien abundante que escaso. Empero no hay que ser imprudente en recibir beneficios, y mírese bien y muchas veces á la cara de quien intenta beneficiarnos; porque acontece que personas indiscretas pretenden con té-nues beneficios, adquirirse no un amigo, sino un esclavo; y dado caso que uno no se resuelva á este extremo, se le tacha de ingratitude, superando el daño en la opinion á la ventaja recibida.

Confiese mas en la propia actividad que en la benevolencia de otro; el primer sentimiento nos hará amar y nos conservará la independenciam, tan necesaria á la probidad; el segundo nos dispondrá al ocio y nos hará esclavos de los caprichos de otro. La mas hermosa idea que se encuentra en Homero, es la siguiente: *Desde que un hombre pierde su libertad, pierde la mitad de su alma*.

Seamos medianamente corteses cuando solo conozcamos medianamente los usos, las costumbres, las pasiones, las conveniencias, y lo que en lenguaje vulgar se llama *mundo*. Frecuéntense, pues, las reuniones sociales y decentes, para despojarse de aquella aspereza, que es el vestido del hombre solitario. Allí se aprenderá á refrenar la impaciencia, que quisiera interrumpir el discurso de otro, para escucharlo sin dar muestra de fastidio; allí se aprenderá á no irritarse por una indiscrecion irreflexiva, á arreglar nuestros dichos segun el carácter de las personas y la situacion de su ánimo; se hará uno menos obstinado en el parecer propio, prestará mayor atencion á las ideas ajenas, contradecirá con menos calor, se guardará de las censuras pedantescas y no formará enemigos contra la

verdad, con un tono presuntuoso y dogmático. Recordándose uno la multitud de veces que se ha engañado, tolerará fácilmente los errores de otro, y se dejará á los imbéciles el derecho de creerse infalibles.

La violacion de estos preceptos, demostraria que no se habia cultivado *la bondad del ánimo*; y que ansioso por aparecer sabidillo, se olvidaba el hacerse sociable: el vulgo compararia al que tal hiciera con los alquimistas que se mueren de hambre, pretendiendo poseer el secreto de hacer oro, ó con aquellos charlatanes que revientan de tos, vendiendo remedios infalibles para curarla. La bondad de ánimo logrará procurarnos la estimacion de los demás, sin engañar la vanidad; disimular las debilidades de otro y no aumentarlas con falsas alabanzas; encubrir nuestras antipatías en vez de ser gratuitamente ofensivo; cerrar los ojos sobre defectos, que son tan inocuos al público como á los individuos; conciliar la voz de nuestra conciencia con el deseo de condescender á los gustos de otro y á las escencias sociales.

Sábiamente libres, sabremos respetar las preocupaciones de otros sin ligarnos á ellas, y, concediendo á cada uno sus títulos, reservaremos nuestra estimacion para el mérito. Ora serio, ora festivo, pero nunca bufon ni afectado, se unirá la prudencia á la sencillez, la franqueza á la modestia, la igualdad del humor á los vuelos del génio. Persuadido de la vanidad de otros, no se hará pompa de saber, cediendo parte solamente á la demanda, en vez de hacer por ella una grande exhibicion. Y aun interrogado, es menéster alejar el aire y tono magistral de las respuestas; envuélvanse entre comparaciones triviales las ideas mas sublimes, escondién-

dose la moral bajo las flores del placer. Nos es permitido callar y disimular nuestras opiniones en medio de personas que las condenan; pero se ganaria fama de vil embustero ó de infame adulador, si vertiese uno ideas con el aire del asentimiento, cuando la propia conciencia las rechaza.

Si nos punza el deseo de adquirir renombre, el medio es pronto y seguro: *seamos realmente lo que deseamos aparecer.*

Recuérdese que quien frecuentemente hace su propio elogio, dispensa á otros de repetirlo, y que el esfuerzo visible para procurarse admiradores, disminuye su número. El lenguaje del hombre modesto procura mayores secuaces á la verdad, y la desconfianza que muestra de sí mismo, sirve en algun modo de escusa á sus errores. Cuando se escudriña bien el saco de la miseria y de la ignorancia humana, no se deja uno invadir, y, mucho menos, dominar del orgullo: no se trata por esto de que no sintamos la nobleza de nuestros sentimientos al frente de los que hacen tráfico de mentiras para subir en alto, ó la superioridad de nuestras ideas sobre las de la chusma plebeya; mas el sentimiento de esta distancia debe inspirarnos mas compasion que desprecio.

No hay que abatirse por el vituperio, ni ensobrecerse con los elogios.

Pronto encomiador del mérito ajeno, si se quiere que sea reconocido el propio; severo con los malvados, pero con palabras que no se desmientan por las acciones; irónico con los hipócritas, cualquiera que sea su nombre, vestido y color; se hablará de cada uno con verdad y justicia, aunque sean nuestros enemigos. Si la fortuna, ó una industria honesta nos ponen en una situacion independiente,

podremos mostrar alto desprecio á la bribonería y á la ignorancia poderosa, y denunciarlas á la opinion pública, como se denuncian los ladrones á los tribunales; en situacion menos feliz, será necesaria mayor reserva, sin que por esto sea permitido nunca ser vil.

Si quiere uno agradar en los círculos sociales, déjese á cada cual el tiempo y ofrézcasele la ocasion de decir lo que sabe, y apláudasele sinceramente lo que sea merecedor de ello.

Se causará fastidio en las conversaciones si se usurpa el derecho de eterno hablador, ó si se habla de sí propio, de las cosas propias, de nuestros bienes, ó ya si se abstiene uno de hablar, haciéndose suponer indiscreto y maligno observador.

La libertad enfrenada por la decencia y la mas perfecta igualdad, son las bases de la conversacion; la franqueza, la amenidad y la confianza hacen todo el gusto; los mútuos miramientos, las complacencias, las atenciones, la hacen amable y querida; la irritable vanidad, las orgullosas pretensiones, el humor acre, las disposiciones melancólicas y la esacitud del ceremonial, son su azote. No se puede chancear con personas que afectan la seriedad del boricó, ni el placer se presenta al compasado golpe del péndulo.

Recuérdese que el motejar, así como la sal, piden ser empleados con precaucion; las burlas muy punzantes engendran odios mortales, cuyo encuentro debe evitar todo hombre racional. Se hará uno mas amable, cerrando los ojos sobre los defectos de otro, que mostrándose pronto á combatirlos.

Para conseguir la estimacion de las personas honestas, es preciso que se dé á cada uno lo que tiene derecho á escigir; á los superiores, respeto y sumi-

sion; á los iguales, dulzura y complacencia; á los parientes, afecto y amor; á los amigos, confianza y afeccion; á los enemigos, generosidad y desprecio; á los infelices, condescendencia y humanidad; y á todos, buena fé y aquellos servicios que permitan nuestras posibilidades; mas hágase todo esto sin fausto, sin afectacion y sin vanidad.

A pesar de las buenas intenciones y de la mas juiciosa conducta, hay que esperar siempre enemigos; la vanidad, el interés, la envidia, la desconfianza y la perversidad, pueden procurar no pocos sin nuestra culpa; y tanto peor para nosotros, si los malvados no nos miran de reojo, y no nos desacreditan los hipócritas. A esta canalla no hay que conceder el gusto de haber turbado nuestra tranquilidad, lo que los haria mas audaces; sino que debe reflexionarse que las mentiras y calumnias contra una conducta constantemente honesta y reglada, son tiros de humo que no abren brecha; el polvo que levanta la maldad para ofuscar la virtud se disipa muy pronto, dejando á ésta siempre en pié.

Se conseguirá no pocas veces desvanecer del ánimo de otro toda mala prevencion, si, en vez de una irritacion violenta y descender á manifiestos actos de enemistad, no desdenamos dar prontas esplicaciones sobre nuestra conducta, y se invoca la intervencion de una persona sábia y buena que esponga nuestras razones sin nuestro resentimiento. Mas suceda lo que sucediere, no hay que olvidar que los enemigos son tal vez útiles, porque, reconociendo nuestros errores, nos dicen la verdad muy claramente, y nos sirven de maestros sin necesidad de pagarles.

Resta un precepto que podrá sorprender, pero

que él es muy necesario: *Guardémonos de estar sin defectos.* Pocos convendrán en nuestras buenas cualidades, si no les concedemos el placer de notar alguna de nuestras debilidades; la mediocridad envidiosa tiene necesidad de maldecir, como el buey de rumiarse. Por salvar la vida, damos la bolsa á los ladrones; por salvar el crédito, dejemos algún pasto á la murmuración de los demás. Pero sería de desear que nuestras debilidades y nuestros defectos proviniesen de bondad de alma, sin alterar el sistema de las obligaciones; sería de desear, por ejemplo, que se escapasen de nuestro lábio rasgos semejantes á los de la señorita de Lamoignon, que, oyendo á Despreaux poner malignamente en contraste la gordura y excelente salud de un predicador, con la doctrina austera y mortificante que recomendaba desde el púlpito, añadió con amable sencillez: "¡Oh! se dice que ya comienza á enflaquecer."

Nuestra tarea está concluida: si ella produjere el mas pequeño bien, será suficiente recompensa para nosotros, pues que en la vida debe uno contentarse con no hacer daño, ya que se corre tanto riesgo de causarlo. ¡Ojalá que las puras intenciones con que la hemos emprendido, hallen buena acogida en las personas entre quienes pueda circular esta obrilla, y merezca la indulgencia de nuestros compatriotas, á quienes consagraremos siempre nuestros desvelos, por contribuir, aunque con pequeña parte, á los progresos de su civilización, á la consolidación de sus excelentes virtudes, y al goce imperturbable de su *libertad*, como fuente copiosa de dicha y sólida ventura!

FIN.

INDICE

DEL

TOMO SEGUNDO.

	Pág.
LIBRO TERCERO. URBANIDAD ESPECIAL...	3
ARTÍCULO PRIMERO. <i>Tertulias</i>	id.
Capítulo I.—Origen de las tertulias y sus especies.....	id.
Capítulo II.—Utilidad y necesidad de las tertulias.....	11
Influencia de las tertulias sobre la felicidad social.....	12
Influencia de las tertulias sobre la instrucción.....	13
Influencia de las conversaciones sobre las maneras.....	16
Influencia de las tertulias sobre la moral.....	17
Influencia de las tertulias sobre las artes.....	19
Capítulo III.—Elección de las tertulias.....	22
Capítulo IV.—1º Asuntos de las conversaciones en tertulia.....	29
2º Asuntos generalmente enfadosos.....	33
Capítulo V.—Continuación del mismo asunto.	
—Juegos de sociedad.....	49
Capítulo VI.—Deberes en las tertulias.....	55